

SARA SANZ DEL POZO

POZOS DE



pasión



Capítulo 1.

Esto es la guerra



0. La llamada

Una llamada de París. ¿Quién será?

—*Allô !*

—*Dr. Sanz, comment allez-vous ?*

—*Bien, bien, professeur. De retour à la maison.* ¿Y usted?

¡Uf! El pesado de Tailler. ¿Todavía quiere que siga con el papeleo del Instituto Pasteur? Si mi contrato acabó hace ya varias semanas...

—*Oh là là ! La belle Espagne.* Usted era de Madrid, ¿verdad? Extraordinaria ciudad para disfrutar de la vida. Nosotros, en París, como siempre, bajo un cielo gris y trabajando de la mañana a la noche.

Como si en Madrid fuéramos unos vagos... Estoy hasta la coronilla de los guiris que vienen a España de vacaciones y creen que nos pasamos la vida entre la fiesta y la siesta.

—Dígame, profesor. ¿Tengo que rellenar algún formulario más?

—No, no la llamo por eso. Usted solicitó el proyecto de la Fundación Qabek para el Desarrollo, ¿verdad?

—Sí, pero fue la doctora Todorova quien sacó la plaza. Creo que lleva ya un mes sobre el terreno.

—La doctora Todorova ha abandonado. ¿Todavía está interesada en el puesto?

—¿Natascha lo ha dejado? Me sorprende mucho, profesor. Estaba entusiasmada con el proyecto. —Tiene que haber pasado algo gordo—. Pero sí, claro, aún estoy interesada.

—Pues la espero mañana en París. ¿Podrá venir tan pronto? A la fundación le urge, pues la misión ya ha comenzado, el tiempo corre y los plazos se acaban. Quieren que esté usted allí el próximo lunes.

—¿Tan rápido? No sé, profesor. Tengo que mirar los vuelos.

Es una locura, me va a salir carísimo comprar un billete de un día para otro.

—Con que esté en París pasado mañana es suficiente para formalizar el papeleo. El billete desde París se lo gestiona la propia fundación. Ya sabe que a los árabes no les preocupa el dinero —afirma, y suelta unas carcajadas que parecen fuera de lugar.

—Bien, le mandaré un mensaje con los detalles y la hora de mi llegada. ¿Podría ayudarme con el alojamiento? Costearme un hotel en París es un poco caro.

—Pues... —reflexiona un momento— déjeme consultarlo. Seguro que alguno de los compañeros del instituto podría alojarla durante unos días. ¿No puede quedarse con su antigua compañera, la doctora Etxebarri?

—Creo que ya ha alquilado mi habitación, pero le preguntaré de todas maneras. Gracias, profesor. Voy a buscar vuelos y hacer la maleta. Hasta pronto.

—*À bientôt, Dr. Sanz.*

La conversación me deja pensativa. Qué raro que Natascha haya dejado pasar esta oportunidad. El proyecto cabalga entre la investigación biomédica y la cooperación. Eran tres años de contrato y un buen sueldo. Tres meses de trabajo de campo en un país árabe que después continúa en el instituto.

El tema es muy interesante no solo desde el punto de vista científico, sino también humano. Especialmente, para las mujeres. Ser mujer en este mundo tiene un triste impacto en las expectativas de salud. Los informes de la OMS que tuve que estudiarme para preparar la entrevista son espeluznantes. Aunque tenemos mayor

esperanza de vida que los hombres, la salud de las mujeres y niñas es, en especial, mala por culpa de las desigualdades socioculturales. La discriminación en el acceso a la información, la escasa atención que reciben y unas prácticas sanitarias muy básicas aumentan todavía más los riesgos para la salud de las mujeres. En el siglo XXI, las tasas de mortalidad durante el embarazo y el parto siguen siendo vergonzosamente elevadas en los países en desarrollo. ¿Qué tipo de desarrollo permite esas cifras? Es desesperante pensar que muchos de los problemas femeninos no tienen tanto que ver con enfermedades adquiridas, ¡sino con la violencia física y sexual y con las infecciones de transmisión sexual! Las famosas ITS y el dichoso sida. La pandemia del siglo XX.

Puede que a simple vista estos hechos no parezcan estar relacionados, pero la discriminación sexual entraña peligros para la salud de las mujeres. Incluso el paludismo o la enfermedad pulmonar obstructiva crónica, la EPOC, tienen que ver con la discriminación. Porque respirar de manera continua el humo procedente del combustible que se emplea para cocinar envenena los pulmones de las amas de casa. Aunque quizá sería más correcto decir amas de infravivienda.

Los datos de la violencia también son demoledores. En algunos lugares hasta un 71 % de las mujeres ha sufrido violencia física o sexual por parte de su pareja en algún momento de su vida. ¡Un 71 %! ¿Cómo se puede relegar este problema a un segundo plano en la política mundial? Estos abusos se dan en todas las clases sociales y en todos los niveles económicos. Y sus consecuencias son graves para la salud de la mujer: embarazos no deseados, ITS... Incluso depresión u otras enfermedades crónicas. Vamos, que si has nacido mujer en este mundo lo tienes muy negro.

Después de leer una y otra vez estas cifras tan escalofriantes te sientes con la obligación de convertirte en una activista y hacer algo por ellas. Por suerte, este proyecto me permitirá ayudarlas

utilizando mis conocimientos en biomedicina y mi experiencia como científica.

No sé por qué Natascha lo habrá abandonado, pero yo no lo voy a dejar escapar. ¡Jo! Mi madre va a poner el grito en el cielo. Mejor si se lo cuento ya. Además, tengo que buscar vuelo. ¡Me va a salir por un ojo de la cara! Ciertamente es que debo desplazarme a una zona conflictiva, un pequeño y desconocido emirato de Oriente Medio llamado Oryen, pero las operaciones de la ONU han tranquilizado mucho el tema.

—¡Mamá, no te lo vas a creer! —suelto con mi mejor tono alegre. Tengo que traer la conversación al plano positivo.

—¿Qué pasa? ¿Quién ha llamado? Ven, estoy con la comida.

—¡¡¡Tengo trabajo!!! Me han dado el contrato de tres años. Me acaba de llamar Tailler.

—¿Qué contrato?

Hay que soltar la bomba, pero con delicadeza.

—El de la Fundación Qabek. ¿Qué te parece? ¡Ya no estoy en paro! —Trato de mostrarme optimista.

—¿No será el proyecto en ese país árabe?

Deja lo que está haciendo y me mira preocupada.

—Sí, es un programa precioso coordinado internacionalmente por la OMS. Nos dejan recoger muestras citológicas de las mujeres como parte de una campaña de salud reproductiva y sexual que están llevando a cabo en la zona. Los resultados nos servirán para elaborar un estudio poblacional de prevalencia de ITS que nos indique el porcentaje de mujeres enfermas.

»Sería la primera investigación de semejante magnitud. Vamos a relacionar los datos microbiológicos con la información genética de las participantes, de manera que podremos encontrar genes implicados en la susceptibilidad a ciertas enfermedades como el sida. Esto es fundamental para identificar biomarcadores que ayuden a los médicos a elegir los tratamientos adecuados y

diseñar programas de prevención no solo en Oryen, sino en todo el mundo. ¡Y voy a poder publicar un montón! —Ni mi entusiasmo por la ciencia ni la biomedicina ni los objetivos del milenio consiguen relajar el ceño fruncido y el rictus de desagrado que muestra mi madre—. Además, solo estaré allí dos meses, el tiempo que queda de la recogida de muestras. Luego me vuelvo a París.

—Hija, ese sitio es muy peligroso.

Su preocupación contrasta con mi ilusión y me hace sentir algo culpable.

—Que no, mamá. Se produjeron varios altercados hace algunos años, cuando los militares dieron el golpe de Estado, pero ahora el país está tranquilo. La ONU tiene una misión de paz y trabajaremos bajo el paraguas de la OMS. Estaré muy arropada y serán solo dos meses. Si hubiera algún riesgo, no me mandarían allí. Lo que pasa es que me tengo que ir ya —digo, cambiando el tercio.

—¿Ya... cuándo? ¿La semana que viene? —No le queda otra que resignarse.

—Ya... mañana. Parece que la compañera que estaba allí se ha largado y ha dejado el proyecto colgado. Sabes cómo son estas cosas, los trabajos internacionales en los que colabora mucha gente. La infraestructura ya está montada y se ha planificado todo el proceso. Si no aprovechamos la oportunidad que nos han brindado la ONU y el Gobierno del país, no podremos recoger las muestras necesarias para el proyecto.

»Tailler quiere que esté en París pasado mañana para que me ocupe del papeleo porque me han buscado un vuelo a Oryen y viajaré el fin de semana. ¡Pfff! Tengo que hacer la maleta. ¿Y qué meto? Ropa de abrigo para París, pues estamos en pleno febrero, y de campo para Oryen. Igual tengo que hacer algunas compras de última hora.

Ha sido duro, aunque no dramático. Está muy orgullosa de mí y de mi carrera como científica, pero la verdad es que me ha visto poco el pelo durante los últimos años. Hice la tesis en Edimburgo, cuatro años, y luego me concedieron una estancia posdoctoral de un año en París. Ya se sabe, los científicos españoles solo tenemos tres salidas: por tierra, mar o aire. Las pocas plazas fijas que salen en España se consideran fenómenos extraños y suelen estar copadas por investigadores con mucha más experiencia y currículum que yo. Mi madre me ha pagado con mucho esfuerzo unos estudios superiores para que tenga un trabajo estable y bien remunerado. A ella le habría gustado que me hubiese presentado a unas oposiciones y fuera una funcionaria con trabajo fijo para toda la vida. Pero en el mundo de la investigación las cosas no funcionan así. Tienes que demostrar continuamente que vales para el trabajo. A mi madre le cuesta entenderlo, pero es lo que hay.

He llamado a Bihotz para preguntarle si me puedo quedar en su piso estos días. El año pasado compartimos casa; me alquiló una habitación que tenía de sobra. Trabaja en el mismo centro del Pasteur que yo, pero se tiró medio año de estancia en un laboratorio de Alemania, así que apenas interactuamos. Es vasca, muy vasca, del mismo Santurce. O Santurtzi como dice ella. Ha estado supersimpática. Es verdad que a veces es, cómo decirlo, demasiado auténtica, pero no tiene doblez; en ocasiones suelta cada cosa que yo me muero de vergüenza. Pese a ello, en el 90 % de los casos lleva razón.

Después de una rápida búsqueda en internet, ya tengo vuelo. Al final no ha sido tan caro. ¡Ay! Si había quedado esta tarde con Raquel y las chicas. Voy a darles el notición en persona y aprovecho para despedirme.

Cuando llego al Trance, en Usera, el bar de toda la vida donde solemos quedar, solo están Raquel y su novio, Raúl. Menuda tirria le tengo. Desde que Raquel está con él, apenas sale con las

amigas. Con menos de treinta, es el típico hombre controlador, más pendiente de qué hace su novia que de lo que ella necesita. Se han sentado al fondo del alargado y profundo local decorado en tonos oscuros. En su momento, había una pista de baile que también hacía las veces de escenario para música en directo, aunque yo jamás he visto a nadie actuar aquí. Todavía están los mismos sofás negros de cuando estábamos en bachillerato. El ambiente es tranquilo: un bar de copas donde suena música *pop-rock* a un volumen que permite hablar con los amigos. Por eso seguimos viniendo, porque somos unas cotorras empedernidas.

—Raquel, hola, guapa. —Le doy dos cariñosos besos—. Hola, Raúl.

Mi intención era saludarlo de lejos, porque está sentado al fondo, pero se acerca animoso y me planta los besos que no tenía intención de darle.

—¿Aún no han llegado Belén y Nuria?

Dejo el abrigo, doblado, en el respaldo de uno de los envejecidos sofás y me siento enfrente de la pareja.

—Al final, Nuria no viene esta tarde; ha quedado con un tío. —Me guiña un ojo, cómplice. Es la única de las tres que siempre ha tenido facilidad para ligar—. Y Belén, no sé, tiene que estar al llegar. Mírala, ahí está.

Como no puedo esperar, suelto la noticia antes de que se haya quitado su bonito abrigo de lana verde.

—¿Sabéis qué? Tengo que irme a París pasado mañana. ¡Me han dado el proyecto!

—¡Enhorabuena, tía! ¿Era el que querías?

Belén me da un efusivo abrazo. Ella también suele participar en proyectos sociales, como yo.

—¿Queréis algo de beber?

Las chicas le piden a Raúl un par de cañas y yo, un té con leche.

—Sí, el de salud reproductiva. Tengo que ir a Oryen unas semanas para tomar muestras *in situ*. Después regresaré a París para procesarlas. Es un proyecto superchulo de epidemiología molecular.

—Yo no me iba a un país de esos ni atada. ¿De verdad que no te da cosa? —pregunta Raquel arrugando la nariz. Siempre ha sido más aprensiva que Belén y que yo.

—Si fuera peligroso, el Pasteur no me mandaría allí. Es un centro de investigación con mucha experiencia en proyectos internacionales. Trabajaremos bajo el amparo de la OMS.

—Tía, no sé si eres una valiente o una inconsciente. ¡Como que les importa mucho lo que les suceda a sus empleadas! El otro día leí en el periódico que ni siquiera las ingenieras que envían las multinacionales viajan solas allí.

—¡Pues a mí me da envidia! Seguro que es un trabajo interesantísimo. —Belén ha estudiado Trabajo Social. Las dos somos de la opinión de que si quieres mejorar las cosas en el mundo, tienes que hacer algo—. Ya me gustaría a mí trabajar para la ONU en vez de rellenar formularios en un despacho de abogados de barrio. Me encantaría hacer algo sobre derechos humanos. Gracias, Raúl. El té es para Sara; para mí, una cañita.

—Es que las dos sois tal para cual: dos ilusas. Algún día maduraréis y os daréis cuenta de que el mundo hay que aceptarlo como es; no se puede cambiar.

¡Brrr! Otra vez con esa murga. Miro a Belén y pongo los ojos en blanco. Voy a contestarle que es mejor ser una idealista ingenua que una melindrosa pasiva, cuando aparece la que faltaba.

—¡Eh, Nuria! Pero ¿no habías quedado con ese tío del concierto?

Tras el besuqueo, Belén y yo nos movemos en el asiento de polipiel negro para hacerle sitio.

—¡Menudo gilipollas! Pues no va y me suelta que si no me siento una asesina por pedirme un entrecot para cenar. Y lo dice él, que lleva hasta los calzoncillos de marcas que emplean mano de obra infantil. ¡Estoy hasta el mismísimo de los pijos estos que se creen superguáis porque dejan dos días de comer carne! Se me ha indigestado la cita; le he puesto una excusa antes del postre y me he largado. Raulito, ¿me pides una birra a mí también, guapo? Gracias. ¿Qué os contáis vosotras?

—Sarita se nos va a Arabia a currar. ¡Con la OMS! ¿Qué te parece? —Belén ilustra a la recién llegada.

—Nuria, dile que está loca por irse a un país de esos. Que para encontrar la cura del cáncer y ganar el Nobel no hace falta salir del mundo civilizado.

—¿De verdad, tía? ¡Enhorabuena! Pues a mí me parece un planazo. A ver si pillas a un príncipe árabe que esté forrado por el petróleo que te cubra de joyas y ropa cara. ¿Tè imaginas cabalgando a lomos de un caballo, agarrada a su torso fuerte, hasta un oasis donde te abrace con pasión y te lleve a un orgasmo sublime a la luz de la luna? —Todos nos reímos con la película erótica que se acaba de montar Nuria—. ¡Ay, hija, que me pongo mala solo de pensarlo! Gracias, Raúl. Estoy seca.

Le da un trago a su cerveza, satisfecha.

—Y que te diga que renuncia a todo su harén y te jura amor eterno si te entregas. —Raquel aporta la parte romántica a la historia.

—¡Sí! ¡Que si no, a este paso se te va a pasar el arroz! —interrumpe el cretino del novio de Raquel, que se ríe de lo que acaba de decir.

—¡Ja, ja! Claro, se hará lo que se pueda, pero ya se sabe, mejor sola que mal acompañada —dejo claro que es a él a quien me estoy refiriendo. Al instante, me arrepiento, aunque Raquel no parece molestarse. Está acostumbrada a las pullas que nos lanza-

mos cuando coincidimos; por suerte, pocas veces. Soy de las que no pueden morderse la lengua.

—Afortunadamente, Raúl, las mujeres ahora ponemos arroz del que no se pasa y no necesitamos encontrar marido para tener una vida satisfactoria. ¿Quién quiere casarse con un pastor de camellos venido a más que te ponga un burka encima?

Belén me apoya, tenemos visiones románticas parecidas.

—No seáis hipócritas. A todas os pone lo mismo, tíos con pasta gansa para gastarla a manos llenas. Y que conste que yo no soy un cavernícola; no digo que se case, pero un buen polvo, y a todas se os quita la tontería y el feminismo.

—No seas bruto, Raúl. —Nuria interviene porque sabe que estoy a punto de insultarlo, pero ¿cómo puede estar Raquel con semejante imbécil?—. Lo que pasa es que Sara está esperando al hombre perfecto, ¿y sabes qué? No hay hombres perfectos. Lo siento, Raúl. Tú eres un capullo como los demás, aunque la Raquelita esté colada por ti.

Le guiña un ojo con simpatía y él se carcajea despreocupado mientras, orgulloso, le rodea los hombros con el brazo.

—En eso tiene razón Nuria. Es que tú y yo, Sara, somos unas románticas y aún no hemos renunciado a encontrar al hombre ideal: tierno, inteligente, comprometido, con cultura.

—Macizo. —La cara de éxtasis de Belén nos provoca otra carcajada—. Pero no hay príncipes azules, cariño. No vale la pena esperar.

Después me da unas palmaditas en la pierna a la par que niega con la cabeza y acerca su caña a los labios.

—Yo no estoy esperando a nadie, y menos a un príncipe azul. Y ya sé que nadie es perfecto, Belén. Yo tampoco soy perfecta. —De hecho, me cuesta encontrarme virtudes—. Simplemente, me gustaría dar con alguien con quien pueda conversar y compartir intereses más allá del fútbol, salir de bares o darme un

magreo en el coche. Tampoco pido tanto, ¿no? No tiene ni por qué ser guapo.

Raúl sonríe y hace una mueca de incredulidad.

—Ya, Sara, pero una relación empieza siempre por cosas sencillas, como hablar sobre el último partido del Madrid-Barça con alguien que te atrae y que acabas de conocer en la barra de un bar, aunque no te interese mucho el fútbol. Luego te puedes dar cuenta de que es un pijo raro como al que acabo de dejar plantado esta noche. Pero hay que tener ganas de conocer gente y arriesgarte a que sea un fiasco. Si no, ¿cómo encontrarás a tu media naranja?

Siempre me ha gustado de Nuria lo racional que es en las relaciones de pareja. Sí, tiene razón, pero yo...

—No te enfades, Sara, si te digo que no te resultará fácil si actúas como una borde desconfiada con todos los que quieren ligar contigo.

Igual Raquel sí que se ha molestado por lo que he soltado antes de su novio. Me la acaba de devolver.

—Y tampoco te enfades si yo te digo que, aunque no sea tu príncipe azul, si está macizo, siempre le puedes dar una alegría al cuerpo. Un revolcón con un tío buenorro tampoco tiene por qué acabar en amor verdadero. Lo que van a comerse los gusanos...

—Nuria vuelve a destensar la situación sacándonos una sonrisa.

El resto de la velada me la paso taciturna mientras hago como que escucho a mis amigas. En realidad, estoy cavilando sobre sus palabras, que me afectan más de lo que me gustaría reconocer. Lo cierto es que mi vida amorosa es... inexistente. Ya había dejado de preocuparme. Yo soy así, no sirvo para tener pareja. Soy célibe por naturaleza. Bueno, quizá por obligación. He estado pillada por un par de tíos desde el instituto, pero no sé. Creo que me tomo las relaciones con demasiada intensidad y asusto a los hombres que me gustan. En eso puede que sí tengan algo de razón mis amigas.

Sin embargo, al final esos tíos han resultado ser unos imbéciles, así que menos mal que no pasó nada. Ya me hicieron daño antes de iniciar ninguna relación; no quiero ni pensar lo doloroso que sería para mí una relación fallida. Sí, Nuria tiene razón: un rollete pasajero tampoco tiene nada de malo, pero... No sé si es porque soy una ilusa, una romántica convencida, una inmadura sentimental o, simplemente, una borde. Aunque mejor no pensarlo. Los príncipes azules no existen. Como he afirmado antes, mejor sola que mal acompañada.

1. Rania

Aquí estoy yo, en el pequeño pero moderno y limpio aeropuerto internacional de Dascarien, la capital de Oryen. El avión acaba de aterrizar. El vuelo ha sido tranquilo, si bien no he podido dormir porque la despedida con mi madre ha sido un poco dramática: que si ten muchísimo cuidado; que si ese sitio es un avispero; que si en cuanto veas algo raro, vuélvete a casa... Vamos, que se me ha amargado un pelín el viaje por dejarla tan intranquila. Así que he tratado de relajarme leyendo algo ligero sobre el turismo del país y los lugares de interés. Probablemente, no vaya a tener tiempo de visitar nada, aunque merecería la pena ver alguna de esas antiquísimas y misteriosas ciudades perdidas del desierto. Me encanta pensar en quién las ideó porque puedes imaginar con qué ilusión construyeron sus hogares, sus templos, sus caminos. Esas gentes fueron reales y tuvieron sentimientos. Harían planes sobre sus casas, sus calles y sus jardines. Me gusta recrearme en estos detalles cuando visito yacimientos arqueológicos: allí sintieron amor, ira, compasión, envidia... y rieron y experimentaron todas las emociones propias del ser humano. No sé si es una película que me monto yo, pero a mí me parece emocionante.

También me ha dado tiempo a echarle un vistazo a la guía de conversación en árabe que me he comprado. Además del castellano, hablo decentemente inglés y francés, pero con la población local solo podré emplear el árabe. Es lo único que me echaba para atrás cuando me ofrecieron este trabajo. Es imposible que

aprenda lo suficiente en cuatro días, aunque, bueno, el resto del equipo me ayudará. O, al menos, eso me han dicho.

Recibí un correo electrónico de la jefa del proyecto, Rania Nadyrova, que ya está sobre el terreno. En él me informaba de que pasaría a buscarme al aeropuerto. Ella trabaja directamente para la International King Qabek Foundation for Development, que ha financiado el proyecto sobre salud reproductiva femenina en el que coopera el Instituto Pasteur bajo el auspicio de la OMS. Es un buen comienzo. Así no tendré que coger el transporte público, repleto de ciudadanos con los que no puedo comunicarme, para recorrer los ciento cincuenta kilómetros hasta Sabur, donde se encuentra mi destino.

En cuanto salgo, la veo esperándome frente a la puerta: es una joven menuda y con los ojos claros, vestida con unos vaqueros y una amplia camisola de color teja. Tiene más o menos mi estatura, y lleva la cabeza cubierta con una *shayla*, el típico velo ligero que utilizan las mujeres del golfo Pérsico. Me sorprende un poco; su aspecto eslavo contrasta con su indumentaria árabe. Es preciosa, con unos rasgos delicados, ojitos azules y piel muy blanca, sin un defecto. Una cara de muñeca. Me han explicado que, además de la responsable del proyecto, es médica. No he conseguido averiguar si es buena o mala jefa. Tampoco he podido hablar con Natascha. Aunque he de reconocer que soy una negada para preguntar esas cosas con discreción, y cuando me cuentan algún cotilleo, ni me entero. Soy una completa ingenua que no se entera de nada.

—¡Hola! ¿Sara Sanz? —Asiento—. Soy Rania. ¿El viaje bien?

—Hola, Rania. Sí, todo bien.

—Estábamos deseando que llegaras. Todo está en marcha y no podíamos retrasar más la toma de muestras. Ha sido una suerte que pudieras incorporarte tan rápido.

—Entiendo. Yo estoy muy ilusionada con el proyecto. Cuando me enteré de que Natascha había renunciado, no podía creerlo.

Debe de haber tenido un problema muy gordo. Todavía no he podido hablar con ella. ¿Qué sucedió?

—No sé, no estuve mucho tiempo con ella. Asuntos personales. Su abandono ha sido un verdadero quebradero de cabeza. Este proyecto se ha convertido en bandera de nuestra fundación y necesitamos retomarlo inmediatamente.

—Me preocupa no disponer de los datos que recopiló durante el tiempo que pasó aquí. Sería una pena si tuviera que empezar de cero.

Mi sexto sentido me dice que no parece muy cómoda hablando de Natascha. No sé, quizá no hubo un buen entendimiento entre ambas.

—Aquí está nuestro coche. Mete tu equipaje detrás. ¿Necesitas que te ayude? Iba a pedirle a uno de los soldados de las fuerzas de paz que me acompañara, pero no ha sido posible. A veces sus jefes son un poco desagradables y los tienen sin hacer nada cuando podrían ser útiles.

Subo como puedo la enorme maleta a la parte trasera del todoterreno. Pesa como un muerto. Y no es que traiga mucha ropa, aunque sí que he metido bastante bibliografía en papel. Tengo que ponerme al día y no estoy segura de que vaya a disponer de un buen acceso a internet; ni siquiera electricidad para el portátil.

Charlamos mientras recorremos el trayecto hasta el campamento. La carretera que discurre hasta Sabur es buena y está poco transitada. Ello me sorprende bastante. En poco más de dos horas estamos en el cuartel general. Rania es pediatra, de origen checheno. Parece un poco pijilla y denota mucha confianza en sí misma; debe de pertenecer a una familia de dinero. Pero es muy comunicativa y habladora. Me recuerda a una de esas niñas ricas que salen en las revistas porque sus padres son famosos o miembros de la alta sociedad. No le pega mucho haber estudiado Medicina, la verdad. No obstante, si se ha desplazado desde

su Chechenia natal para trabajar en una misión de cooperación en, como se suele decir, el culo del mundo, está claro que debe de tener un espíritu muy solidario. Aunque nadie lo diría por lo que trasluce.

Tras pasar un control militar, dejamos el vehículo en lo que parece ser un aparcamiento de tierra desnuda y seguimos a pie. Nos alojamos en el cuartel general de la misión, en un edificio de una sola planta bastante básico: de paredes prefabricadas y tejados de aluminio culminados por unas placas solares y unos depósitos de agua. Rústico, pero limpio y sencillo. Me gusta. Es un lugar de trabajo. Alrededor se han montado las tiendas de la misión de paz de la ONU. También encontramos vehículos militares pesados y soldados que manipulan armas para limpiarlas o engrasarlas. Y eso no me gusta tanto, pues no estoy muy a favor de los ejércitos. Nos miran con atención al pasar. Imagino que no hay muchas novedades en la zona y la vida social es escasa.

—Rania, ¿por qué tanto armamento?

Las armas me dan grima. Soy de las que piensa que las carga el diablo, y también las dispara.

—Son los cascos azules de la ONU, la MINUSOR. Nos dan cobertura, ya los conocerás. Nosotras trabajaremos con franceses.

—No sabía que la zona estaba tan militarizada. Tenía otra idea.

Sinceramente, a pesar de las dudas de mi madre, no creía que la región podía ser tan conflictiva como para que las armas se desplegaran de manera tan abierta. El disgusto se me nota en la cara y en la inflexión de la voz.

—No te preocupes. La zona no es peligrosa. El rey logró convencer a la ONU de lo necesaria que era una misión para reconstruir las infraestructuras destruidas tras el golpe de Estado y proteger a la población del avance islamista. Pero, en realidad, tampoco es para tanto. Este país ha invertido mucho dinero, pro-